

La Révolution en Débat¹ recoge una serie de artículos publicados por F. Furet entre 1980 y 1997 en la revista *Le Débat*. Editados por Mona Ozouf, estos trabajos –con la excepción de uno de ellos– fueron escritos entre 1980 y 1989 y constituyen un puente en los estudios que Furet consagró a la revolución pero también entre éstos y la temática desarrollada en *El Pasado de una Ilusión*.

Furet consagró cuatro grandes libros a la Revolución Francesa: *La Revolución Francesa* (1965), *Pensar la Revolución* (1978), el *Diccionario Crítico de la Revolución Francesa* y *La Revolución de Turgot a J. Ferry*, ambos de 1988. En los dos últimos, se observa claramente que su preocupación se ha desplazado de eje respecto de los dos primeros: el enigma del terror o la preocupación por la continuidad del Antiguo Régimen o, aun, la mecánica del éxito jacobino –temas centrales en sus trabajos anteriores– movilizan menos a Furet que la dificultad francesa de arropar con instituciones políticas estables el mensaje universal de 1789. La periodización clásica, por ello, se ve afectada. Si *La Révolution* se despliega entre Turgot y Ferry es porque, para Furet, esa institucionalización sólo toma cuerpo con la síntesis republicana, corporizada en Ferry. Pero, en rigor, Furet postula dos ciclos para la revolución. Como se argumenta explícitamente en otro libro,² la entrada a puerto de la revolución a través de la síntesis

republicana se desdobra en la idea de que el «fin de la excepción francesa» se hace visible en el primer septenio de Mitterrand gracias a la conciliación entre el socialismo y el «mercado» y a la adhesión de católicos y marxistas a la V República.³ Ello impone una conclusión evidente: la revolución ha dejado de ser percibida como un acontecimiento aún abierto para ser concebida prioritariamente como el acontecimiento fundante de la modernidad política. Por ello, su sentido último es el de ser el vehículo de la irrupción del «mensaje democrático» en la modernidad.

Los artículos recopilados en este volumen son la clave para comprender el trabajo de reflexión que separa los textos evocados. El camino que lleva a esa conclusión se inicia con la voluntad de comprender las derivaciones despóticas de la revolución. Que ellas se fortalecieran repetidamente a lo largo del siglo XIX y de modo fulgurante en la experiencia comunista no hacía sino reforzar la convicción según la cual el vínculo entre la revolución y el despotismo exigía comprender a la vez de la revolución francesa y de la historia del comunismo. Así, estos artículos se enlazan con la temática central de *El pasado de una ilusión*, su último libro.

De allí que parte de este esfuerzo se funda en la comparación. Una parte de la inteligencia de la revolución francesa había sido posible gracias a la lectura crítica de publi-

¹ Esta recopilación se compone de los siguientes artículos: «Le XX siècle et l'intelligence du politique», en: *Le Débat*, N° 1, 1980; «La Révolution sans la Terreur? Le Débat des historiens du XIX siècle», en: *Le Débat*, N° 13, 1981; «La Révolution dans l'imaginaire politique français», en: *Le Débat*, N° 26, 1983; «Burke ou la fin d'une seule histoire de l'Europe», en: *Le Débat*, N° 39, 1986; «Droite, gauche,

centre: sur quelques objections», en: *Le Débat*, N° 52, 1988; «1789-1917: aller et retour», en: *Le Débat*, N° 57, 1989.

² Me refiero a *La République du Centre. La fin de l'exception française*, Paris, Calmann-Lévy, 1988.

³ Sobre este aspecto cf. F. Furet, «1789-1917: aller et retour», op. cit.

cistas que habían hecho de ella una clave heurística, como Guizot o Tocqueville. Pero el caso de Inglaterra –en el primero– o el de Estados Unidos –en el segundo– se revelan insuficientes. Furet ya no busca comprender cómo «terminar una revolución» a través de instituciones representativas, ni entender el enigma de la asociación entre la sociedad democrática y la libertad política sino el vínculo entre la revolución, la democracia y el despotismo. Ello exige incorporar la gran revolución del siglo XX; por esa razón, el término privilegiado de la comparación es la revolución rusa. El siglo XIX había hecho de 1688 y de 1776 las compañeras naturales de 1789. ¿Acaso Guizot no había sostenido que sólo luego de 1789 era posible comprender profundamente 1688? Furet propone ahora retomar una reflexión que al unísono piensa el jacobinismo, el terror y la experiencia comunista. Pero el carácter original de esta comparación se nutre menos de los ejemplos que ella opone –Aulard, pero sobre todo Mathiez, ya lo habían hecho a principios del siglo XX– que del sentido que adquiere. Si la tradición jacobina había sugerido que 1917 albergaba la esperanza de consumir la promesa incumplida de 1793 –que habían compartido Mathiez y la historiografía comunista–, Furet propone una relectura en la que «constata» que 1789 se transforma en el futuro de 1917.

La inteligencia crítica de esta inversión requería penetrar en el sentido profundo de la revolución y examinar la relación entre 1789 y 1793 para descubrir el punto de su radical irreductibilidad. Era imprescindible, entonces, hacer inteligible 1793 como parte de una renovada comprensión del sentido de la revolución y del terror, examinar la robusta

certeza de la potencialidad a futuro contenida en 1793 y, al desbrozar el significado de uno y otro, resolver lo que la historiografía liberal había postulado con una combinación de moderado éxito intelectual –Constant y Mignet– y de radical fracaso político –la monarquía de julio–. Frente a esa exigencia, la historia del siglo XX era estéril. Por ello, el recurso a los historiadores del siglo XIX se convierte en doblemente indispensable: habían debatido el tema con ardor y habían sido los últimos en hacer de él un «problema». Se imponía, entonces, un reexamen atento de esta historiografía. El propio Furet lo señala: «Me parece que un francés cultivado de fines del siglo XX está menos preparado para comprender el sentido del espectáculo del mundo que su homólogo del XIX. E incluso más: es probable que éste hubiera estado menos desprovisto delante del mundo en el que vivimos hoy. Cien o ciento cincuenta años después».⁴ Y en conclusión: «En realidad, un republicano de esta época (siglo XIX) habría tenido menos dificultades para conceptualizar el naufragio de la experiencia comunista a la que asistimos que un intelectual de izquierda de hoy».⁵ Este es el sentido esencial de este conjunto de artículos ahora reeditado.

Furet no encara el análisis de esta cuestión aisladamente. El entorno en el que despliega sus esfuerzos comparte con él una cualidad: creía disponer de una clave de comprensión del presente cuya luminosa lucidez databa de fines de los años 50 y cuya fulminante certeza argumentativa sería redoblada por la historia. Este entorno se hace visible en la publicación coincidente de libros y artículos. Sólo algunos ejemplos: en 1981, C. Lefort publica *L'invention démocratique*

⁴ F. Furet, «L'intelligence du politique», op. cit., p. 120.

⁵ Idem, p. 124.

y coordina un número especial de la revista *Passé-Présent* consagrado al «terror». El mismo año M. Gauchet publica un lúcido y sutil prólogo a una reedición de Constant. En 1985, P. Rosanvallon publica *Le Moment Guizot*. En 1988 Furet publica *Quinet y la Revolución Francesa* y Lefort reedita, por un lado, *La Revolución de Quinet y De los medios de gobierno y oposición en la Francia actual de Guizot*. La lista de textos y sus coincidencias podrían multiplicarse. Los citados bastan para mostrar que el grupo constituido en torno de los trabajos de Furet sobre la Revolución y de Lefort sobre la democracia ha anudado en una misma discusión la historia, la reactualización de autores tan centrales como olvidados del siglo XIX, y los desafíos de la política contemporánea. Los artículos que integran este volumen testimonian este esfuerzo.

Le XIX siècle et l'intelligence du politique parte de constatar el carácter incomprensible de la «demora» de la izquierda intelectual francesa en admitir la transformación de la revolución rusa en un régimen totalitario. Al contrario, Furet encuentra que los grandes historiadores del siglo XIX habían sido especialmente sensibles a la incógnita de las derivaciones despóticas de la pasión revolucionaria. Tocqueville había intentado explicar porqué Bonaparte había realizado el sueño de Luis XIV completando la obra de la monarquía absoluta a través del estado centralizado; Quinet había intentado comprender porqué Robespierre había encarnado a Richelieu, retomando, a través del terror, la práctica arbitraria del absolutismo. En ambos, la original preocupación por la continuidad en el marco de la ruptura revolucionaria coexiste con otra obsesión: la

emergencia del despotismo en el contexto revolucionario. De este modo, el artículo reúne una preocupación política con una obsesión histórica y baliza un camino: el *détour* a través de los historiadores del siglo XIX se hace imprescindible para mejor comprender el vínculo que une la revolución a las características «patológicas» de su desenvolvimiento.

La Révolution sans la Terreur? Le Débat des historiens du XIX siècle recoge precisamente el debate sobre el terror desde la revolución hasta Quinet. El punto de partida se constituye en torno de la oposición entre la interpretación reaccionaria –de Maistre– que hacía de la revolución un «bloque» y la liberal, enunciada por Constant, según la cual 1789 y 1793 están completamente disociados. En la primera mitad del siglo XIX, la tradición liberal y la socialista interpretarán variaciones diversas de estas melodías. Mignet inscribirá ambos episodios en la «necesidad histórica» matizando la distancia pero resguardando su irreductible distancia puesto que el terror no es consecuencia de la revolución sino de la contra-revolución. L. Blanc, al contrario, hace del jacobinismo el episodio clave del renacimiento del Estado, de la existencia de un poder fuerte al servicio de los pobres y del advenimiento de la religión de la fraternidad. Así, el terror no sólo no se desprende de 1789 –casi podría decirse que está inscripto en él–: es su realización más acabada puesto que, aun en su derrota, asume la potencialidad de anunciar el futuro.

Pero es la interpretación de Quinet la que concita el mayor interés de Furet. «Quinet –afirma– es quien mejor analiza el aspecto político de la revolución». Furet centra su

análisis en la convicción de Quinet según la cual la revolución no anuncia una nueva sociedad sino que plantea el extraordinario desafío político de reemplazar el poder del monarca por el poder del pueblo. De allí su desazón: a través de la convención jacobina y del terror no se construye un poder nuevo, se reconstituye el poder absoluto. El drama de la revolución es así la reaparición de la violencia del poder bajo la forma de un sistema ya conocido. Para Quinet, el terror es el retorno de Luis XI, de Richelieu, el recommienzo de la Saint-Barthélemy. «El terror –señala Furet comentando a Quinet– es el encadenamiento de la revolución a la herencia fatal de la Realeza». ⁶ Así, se ofrecía una interpretación republicana que no sólo retomaba la disociación que Constant había propuesto sino que, fundando la radical separación entre un acontecimiento y el otro, podía rechazar el terror sin renunciar a reivindicar la herencia revolucionaria. Para Quinet, Robespierre no anuncia el futuro: es la encarnación de Richelieu, de la razón de Estado; es el pasado que se injerta en la ruptura revolucionaria. En el contexto de una interpretación que se funda en la extrañeza radical de Robespierre respecto del «sentido profundo» de la revolución y que disocia radicalmente 1789 de 1793, es probable que, paradójicamente, Furet suscribiera la afirmación de Mathiez según la cual Lenin es un Robespierre que ha triunfado.

La *Révolution dans l'imaginaire politique français* parte de la comparación de la revolución francesa con la inglesa y la norteamericana con el fin de reconstituir su doble originalidad: la experiencia francesa

se hizo al mismo tiempo contra la historia y la religión –la monarquía y la iglesia–. Fundándose en la tabula rasa, se autodespojó de vínculos que pudieran fijarla y se descubrió rápidamente frente al fracaso en crear instituciones durables. La prueba: los dos ciclos revolucionarios –entre 1789 y 1804 el primero y entre 1814 y 1875 el segundo–⁷ repiten un mismo repertorio de regímenes políticos. Para Furet, el secreto de esta crisis de legitimidad es la coexistencia de un consenso en torno de la estructura del Estado centralizado –que hace las revoluciones fáciles– y un conflicto acerca de las formas del Estado –que las hace inevitables–. Esta cuestión instala durablemente la división de la política francesa en relación con el imaginario de la revolución entre quienes –reivindicando el «espíritu» de 1789– harán de «terminar la revolución» su obsesión, y entre quienes –reivindicando el «sentido» de 1793– predicarán la aspiración a «completar la revolución», retomándola allí donde la burguesía la habría confiscado. De este modo, la revolución informa en profundidad la vida política francesa, al menos hasta el «fin de la excepcionalidad francesa» cuando la revolución deje de ser una promesa a cumplir en el futuro. Es esa perdurabilidad –que tanto influyó en la articulación de la vida política francesa– la que obstaculizó la comprensión de la naturaleza de aquel vínculo.

Burke ou la fin d'une seule histoire de l'Europe se instala en una discusión sobre la comprensión del significado de la revolución. Para Furet, Burke es el primero en subrayar la ruptura civilizatoria que la revolu-

⁶ F. Furet, «La Révolution sans la Terreur? ...», op. cit., p. 49.

⁷ Como se sabe estos ciclos repiten el esquema: monarquía constitucional, república, imperio hasta que la III República provee

finalmente, de un esquema institucional durable. Por ello, Furet insiste en la III República como el momento en que la revolución habría terminado.

ción provoca al fracturar la historia europea en dos modelos irreconciliables; Burke es el primero en explorar la incompatibilidad «entre el mensaje político de la revolución y la herencia del Common Law»; es el primero en argumentar que el aspecto esencial que introduce la revolución es la relación con el tiempo, la aspiración a quebrar la historia para reemplazarla por una suerte de metafísica voluntarista, inspirada en «principios metafísicos» como, el principal, la idea de los derechos del hombre. Producto típico de la abstracción igualitaria, ella funda la política revolucionaria. A esta fundamentación del derecho, Burke opone la convicción que ve a los pueblos –igual que los individuos– como sujetos de una transmisión hereditaria. Las libertades inglesas no derivan de la abstracción filosófica sino de la historia que cristaliza en el Common Law y se expresa en la propiedad –forma privilegiada de la acumulación del tiempo–. De este modo, a los Droits de l’Homme Burke opone la idea de los derechos en la sociedad real, construida sobre una sedimentación plurisecular responsable de haber creado cuerpos y comunidades, instituciones y privilegios. Es por contraste que Burke comprende que los derechos del hombre fundan la «abstracción constitutiva de la democracia moderna y el universalismo de la ciudadanía». Si Furet retoma esta interpretación es, paradójicamente, porque Burke percibe antes que nadie que la especificidad de la revolución está asociada al «mensaje democrático» antes que a una forma de acción política o a una anunciación.

1789-1917: Aller et retour retoma precisamente esta cuestión. Escrito en el momento del bicentenario de la revolución, para Furet

se hace evidente que la revolución ha dejado de ser una promesa para constituirse en el fundamento de la política francesa. No sólo porque la opinión pública se alejó de la idea revolucionaria sino precisamente porque la revolución como modalidad privilegiada del cambio fue desplazada por el mensaje democrático que ella contenía. El crepúsculo de la «idea revolucionaria» está, así, asociado al mismo tiempo al triunfo de la idea democrática y al hundimiento de la experiencia comunista. Esa sombra demuestra que la verdadera ruptura, «la única fundadora del mundo moderno es 1789 y no 1917». 1917 debía haber sido la realización de 1789 demostrando que el mensaje universal de los derechos del hombre y la abstracción democrática eran simplemente una ilusión, el encubrimiento del privilegio y de la mentira, una ilusión burguesa. El hundimiento de la experiencia comunista hace reflotar los principios de 1789, convertidos –ahora– en el futuro de 1917. «La estrella de Octubre que se apaga –concluye Furet– deja ver la de 1789 que ella había creído apagar». La idea democrática, señala Furet, es el futuro de la idea socialista. Con la clausura de la posibilidad de que 1917 complete a 1789, una parte de la historia parece haberse cerrado. Se abre así otra en la que la democracia se encuentra frente a ella misma, es decir, frente al trabajo que el imaginario igualitario opera sobre la sociedad igualitaria. Apoyada en el fracaso de la experiencia soviética, esta inversión de la cronología histórica retoma la pregunta inicial acerca del significado de 1789 y hace posible «pensar la revolución» en su sentido más profundo.